CAPITULO X.

DESCRIPCION GENERAL DE LAS CASAS DE POMPEYA.—IONE.—HISTORIA DE NIDIA.

Ione se hallaba sentada en su cámara, en medio de sus esclavas.

La casa que habitaba era espaciosa y linda; pero en vez de dar aquí la descripcion de ella, que la dejaré para mas tarde, creo que el lector sacará gran provecho de que le dé á conocer por ahora la distribucion y el órden que, á excepcion de las casas de los potentados, guardaban los edificios de la generalidad y que hoy admira el viajero.

Mi descripcion en este punto, lo mismo que en todos, no encerrará mas que la verdad.

Las casas particulares de Pompeya no tenian comunmente mas que dos pisos.

La ornamentacion y los adornos de ellas eran notables como se ve actualmente.

La disposicion principal consistia en dos patios interiores rodeados de pórticos sostenidos por esbeltas columnas y por vistosos cuartos.

Se entraba comunmente por un estrecho tránsito llamado *prothyrum* ó *vestibulum*, al *atrium* que era una sala cuadrada, rodeada tambien de columnas, que se comunicaba con varios dormitorios, [*cubicula.*]

En medio del techo de este *atrium* existia una abertura llamada *compluvium*, que daba paso á las aguas pluviales que eran reunidas en un aljibe, [*impluvium*], que se ostentaba en el centro de la pieza.

En el fondo del *atrium* se descubria el *tablinum*, sala de audiencia donde se conservaban los retratos de los antepasados y los archivos de la familia.

Este recuerdo religioso de la familia, propio de los antiguos y de los pueblos de Oriente, contrasta con nuestro descuido y nuestro reprensible y rápido olvido de los deudos que descansan en la mansion de los finados.

El *tablinum* servia algunas veces de pieza de comunicacion entre el *atrium* y el *peristylum*, que se efectuaba ordinariamente por un corredor llamado *fauces*.

El *peristylum* era un patio abierto al aire, en medio, rodeado de un pórtico con columnas que servia de abrigo durante la lluvia. En el centro se descubria un jardincito cubierto de las mas delicadas flores, y al rededor se hallaban las piezas interiores de la casa.

En el fondo del peristilo se ostentaba el *œcus*, sala elegante que se abria sobre el jardin y en la que generalmente se reunian las señoras para gozar del dulce ambiente y de la vista de las flores.

No era menos agradable la *exedra*, espaciosa pieza con asientos en semicírculo, destinada para la conversacion y las tertulias.

La *bibliotheca* con sus ricos papiros y la *picanotheca* ó galería de cuadros con sus bellas pinturas, eran cosas que no faltaban en ningun edificio regular, así como el *lararium* ó capilla de los dioses domésticos, y la pieza para los baños.

En el fondo se descubria un sitio plantado de flores y de arbustos llamado *xystus*, especie de pórtico destinado para pasearse, donde se ostentaban fuentes y estatuas de notable gusto.

Comunmente á la *pinacotheca* ó salon de pinturas, seguia el *viridarium* ó jardin con que terminaba el edificio.

En el *atrium* era donde generalmente se recibia á los clientes y visitas de rango inferior.

El pavimento de todas las piezas se componia de ricos mosaicos, y las paredes se veian cubiertas de vivísimas pinturas.

Una de las piezas contiguas al peristilo era el comedor [*triclinium*] llamado así por tres camillas que se veian colocadas junto á la mesa, en las cuales los convidados se acostaban para comer.

En casi todas las casas habia dos *triclinium* ó comedores; uno junto al jardin para el verano, adornado de fuentes y de estatuas, y otro en una de las piezas interiores situadas al rededor del peristilo.

Los cuartos para dormir [*cubicula*] eran, por lo comun, pequeños.

Las camas eran de bronce, y con frecuencia de materias mucho mas preciosas en las casas de los ricos y cubiertas de colgaduras; pero en las habitaciones modestas eran de madera, y en las de los pobres, de una masa hecha de cal y piedra que se levantaba del suelo algunos metros, y sobre las cuales se extendian pieles ó colchones.

En muchas casas, en el fondo del zaguan, (*prothyrum*) se veia en el suelo, como un segundo umbral, un mosaico con la palabra *Salve*; palabra con la cual daban los dueños la bienvenida á los que les visitaban.

El fogon hospitalario, con tanta frecuencia citado por los poetas latinos, no se componia en Pompeya mas que de un brasero movible, pues chimenea no existia en ninguna casa, por ser innecesaria sin duda en un clima tan suave.

En un rincon lejano se veia una caja de madera rodeada de aros de fierro ó de bronce, y que, afirmada por clavos sobre un zócalo de piedra, parecia servir para los mismos usos que nuestras cajas de fierro.

En una casa grande, el centro del peristilo lucia una fuente ó un estanque para los peces.

El primero y el segundo departamentos, que no se dividian sino en una parte de la casa, comprendian generalmente el cuarto de los esclavos.

Las salas de las habitaciones bajas eran pequeñas. Se recibia comunmente á los extraños en el peristilo ó en el jardin, y como rara vez se invitaba á comer á mas de nueve personas á la vez, los comedores no tenian necesidad de ser espaciosos.

Las paredes estaban pintadas con lujo, aunque con poco gusto.

Los habitantes de Pompeya gustaban, sobre todo, de los colores vivos y de los dibujos fantásticos. De aquí el que pintasen frecuentemente la parte inferior de sus columnas de un rojo subido y dejasen el resto sin color; y cuando el jardin era pequeño, buscaban, por medio de la perspectiva, la manera de hacerlo aparecer mas grande, representando sobre el paredon remates de árboles, de templos y de otros objetos semejantes.

Mas sensibles que nosotros á los cambios del tiempo, los italianos, despues de haber ocupado una parte de la casa durante un mes, la dejaban por otra que volvian á abandonar de la misma manera.

De aquí la poca luz en alguna de sus habitaciones, que nosotros atribuiríamos al resultado de un defecto de arquitectura, y que en realidad no era sino efecto de ese temor que tenian al viento y al sol.

En el exterior, las casas en vez de números tenian una inscripcion con letras rojas ó negras que indicaban el nombre del propietario.

Esto eran las casas de la generalidad en Pompeya, y así se presentan al viajero despues de 18 siglos de haber sido sepultadas.

Pero volvamos á tomar el hilo de nuestra historia.

Hemos dicho que Ione se hallaba en su cámara, en medio de sus esclavas.

Ione era una jóven de diez y seis años.

Sus grandes y negros ojos aterciopelados, sombreados dulcemente por sedosas y largas pestañas, revelaban la virtud y la amabilidad de una alma tierna y cariñosa. Sus labios carmíneos y suaves presentaban una boca espiritual y hechicera que exhalaba el balsámico aliento de los lirios; su blanco y ovalado rostro, suavemente nacarado hácia el lado de sus castísimas mejillas, era el tipo de la perfeccion y del correcto dibujo. Sus orejas eran dos joyas cinceladas sobre la carne, ostentando ricos zarcillos de oro de una forma extraña y agradable. Su cabellera era abundante y magnífica, suave como las ligeras ondas del lago, y negra y lustrosa como el azabache. Su cuello nítido y terso como el mármol, descansaba sobre unos redondos y ebúrneos hombros, y sostenian una cabeza poética como la de Diana. Sus manos pequeñas y mórbidas ostentaban en sus delicados dedos, preciosos anillos de un trabajo primoroso.

Ione vestia una túnica talar blanca con largas y abiertas mangas adornada de grana y flecos de oro, que dejaban ver los torneados brazos de la hermosa, adornados de preciosos brazaletes de oro. En su lindísima cabeza descansaba una elegante gorrita, llamada *mitra*, y su onduloso cabello se veia recojido con gracia encantadora en una redecilla de un tejido delicado: su pié breve y bien formado iba calzado de coturno color de púrpura, y de su precioso cuello colgaba una esquisita cadena de oro que daba un maravilloso realce á su belleza.

Ione estaba verdaderamente hechicera.

Las esclavas que la rodeaban, la miraban con cariño y admiracion.

En aquella cámara, todo respiraba buen gusto y armonía.

La cámara de Ione era de mayores dimensiones que aquellas en que generalmente tenian los pompeyanos costumbre de pasar la noche.

Sobre una mesita, junto á la cual se hallaba sentada Ione, se veia un espejo pequeño, redondo, de bruñida plata, rodeado de cosméticos, de perfumes, de joyas y de todo lo que entonces constituia el adorno que servia á las señoras para realzar su belleza.

Bajo los piés de la jóven ateniense se extendia un magnífico tapete de las fábricas de Oriente.

Al lado de la mesita, se encontraba otra sobre la cual habia una aljofaina y una jarra, una lámpara de un trabajo exquisito, y un rollo de hojas de papiro (1) que contenian algunos extractos de las obras de Platon.

Delante de la puerta de entrada flotaba una cortina ricamente bordada con flores de oro.

El dia declinaba ya, y Ione se disponia á despojarse de sus adornos, cuando se le anunció que una esclava pedia permiso para hablarle de parte de Glauco.

La hermosa dama dió órden de que al instante la condujesen á su presencia.

Nidia entró acompañada por otra esclava de su señor, y mientras esta última se quedaba á la entrada, la primera avanzó lentamente.

—Que seas bien venida, linda jóven—le dijo Ione.—Tiempo hacia que esperaba tu vuelta.....

Y Ione guardó silencio no atreviéndose á acabar la frase.

En seguida hizo salir á las mugeres que la acompañaban, y al verse sola, acercó un asiento pare Nidia, y haciéndola sentar á su lado, le preguntó el motivo de su visita.

Nidia, presentándole el canastillo de flores, le dijo:

—Mi amo os envia estas flores para anunciaros su dichosa vuelta á Pompeya. Hé aquí desde luego unas letras que me ha encargado os entregue.

Ione recibió con temblorosa mano los caracteres de Glauco y leyó con marcada avidez las siguientes líneas:

«Mi querida Ione: Dignaos aceptar esas flores como una prueba de la dicha que experimento al poderos recordar nuestras promesas. Los negocios que reclamaban mi presencia en Aténas han terminado á satisfaccion mia. Al presente no me queda otro que el que me hizo abandonar mi casa de Roma por la de Pompeya. La época señalada por vos para darme una respuesta definitiva, se acerca; y si no voy yo mismo á expresaros cuán largo se me hace el tiempo que es preciso que trascurra para recibir esa respuesta, de que depende toda mi felicidad, es porque temo encontrar en vuestra casa á un hombre hácia el cual siento una antipatía invencible. Vuestro tutor, puesto que es preciso nombrarle, no parece de ninguna manera digno de la reputacion que han querido dispensarle. Aunque sacerdote de Isis, en él no se ve nada de esas fisonomías claras que revelan la lealtad y la virtud. Pero ya tendremos lugar de ocuparnos de esto mas tarde, cuando os digneis permitirme que me presente en vuestra casa. Los dioses os guarden.»

Ione salió de la estancia, y á poco volvió con la respuesta, que puso en manos de Nidia, encargándola que se la entregase á Glauco.

[1] *Planta que crece naturalmente en las lagunas de Egipto, Siria, Abisinia, Sicilia y en Calabria, y se cultiva en los jardines por lo esbelto y elegante de sus flores. Esta planta era muy apreciada antiguamente, tanto por su jugo feculento que tiene propiedades alimenticias, cuanto porque sus hojas, despues de recibir varias preparaciones, servian para escribir.*

Hé aquí las breves palabras que contenia:

«Ione á Glauco, salud. He sabido con indecible placer el feliz resultado de vuestro último viaje, y os espero pasado mañana para felicitaros. No encontrareis en mi casa al que temeis hallar, sino á mi hermano.»

Despues de haber entregado las expresadas líneas á Nidia, dijo á esta Ione:

—Hija mia, siempre me ha llamado la atencion el aprecio que te dispensa tu señor. Sin duda que le debes ser muy útil.

—Yo riego las flores de su jardin, y cojo las que sirven para coronarle en los festines. A mí es á quien suele encargar todos los recados que juzga que no deben saber las demas esclavas, y en tales casos me suele dar una guía; pero si el camino no es difícil de encontrar, voy sola, acompañada de mi palo.

—¿Y hace mucho tiempo que estás á su servicio?

—Entré en su casa un mes antes de que emprendiese su viaje á Grecia. Me compró á un gladiador de esta ciudad que me hacia sufrir el trato mas cruel y bárbaro.

—¿Y de qué país eres?

—De la Tesalia.

—Tú serás desde hoy mi amiga, Nidia, porque eres casi compatriota mia. Pero dime, ¿por quién fuiste traida á Italia?

—Por unos mercaderes de esclavos (1) que me habian robado del lado de mi padre cuando apenas tenia yo diez años. ¡Pobre padre mio! Me amaba con toda la ternura de su corazon: era yo su hija única y vine al mundo privada de la vista. Sin embargo, en medio de mi desgracia, yo doy gracias al cielo porque me concedió la dicha de estar á su lado todo el tiempo necesario para aprender de sus labios todas las verdades del Evangelio, y para no temer mas que..... Pero perdon, señora, me olvidaba delante de quien hablaba.

—Continúa, tierna jóven; no temas desagradarme hablándome de tu Dios: yo no odio á los cristianos; respeto su fe, y si algun dia fuesen perseguidos, como lo han sido tantas veces, llámame, que siempre encontrarás en mi casa un refugio seguro.

—¡Ah, señora! yo no temo la muerte; antes mi dicha seria poder verter mi sangre por Aquel que primero derramó la suya por mí. Así iria á unirme mas pronto con mi madre y quizá tambien con mi padre.....

Y los ojos de la jóven se llenaron de lágrimas.

Para distraerla de sus dolorosos pensamientos, que el recuerdo de sus padres habia despertado en su alma, Ione se apresuró á cambiar de conversacion, y le preguntó cómo la habia comprado Glauco.

—Mi ama, la esposa del gladiador de que acabo de hablaros—respondió Nidia—me enviaba á vender en las calles flores; pero pocas veces podia llevarla todo el dinero que en su codicia deseaba, y entonces descargaba sobre mí toda su cólera, y me trataba con tanta mas crueldad, cuanto mi desgracia de ser ciega no me permitia serle útil para otras faenas. Un dia que entré sin una sola moneda, me pegó tan rudamente con una soga, que no pude contener mis gritos de dolor. Glauco entraba en aquel instante con uno de sus amigos, que iban con objeto de ajustar unos gladiadores para el anfiteatro.

[1] *Los mercaderes de esclavos de la Tesalia se hicieron célebres por su audacia en robar los niños y aun personas de un rango elevado, sin que se encontrasen libres sus compatriotas.*

—Sí, Vitelio: un jóven tan virtuoso como simpático. ¿No es verdad, Nidia?

El rostro de la linda ciega se encendió de súbito.

—¡Oh!..... para mí que solo veo con los ojos del alma, son hermosos y simpáticos todos los que tienen bellos sentimientos; y á juzgar por su excelente corazon, Vitelio no reconoce por superior en dotes físicos sino á mi amo Glauco.

—Es que no siempre suelen estar en relacion las cualidades físicas con las morales.

—Entonces los que carecen de la vista deben dar gracias á Dios, porque pueden apreciar á las personas por los hechos y no por la fisonomía. Ellos son los únicos que no están expuestos al horrible desengaño que resulta con frecuencia, de juzgar por las apariencias, del fondo del alma. Para ellos la belleza está en la práctica de las virtudes, y sus simpatías y su amor las conquistan las obras únicamente.

—Tienes razon.

—¡Qué triste será quedar seducida el alma por el sentido de la vista, sin poder rechazar lo que la razon nos dicta que es malo!

—Ciertamente.

—Pero por fortuna, en mi amo Glauco se ven asociadas todas las bellas cualidades que constituyen la perfeccion del hombre, y me congratulo de ello, por vos.

—Sí; en él, lo mismo que en su amigo Vitelio, se encuentran en perfecta consonancia la parte física y la moral. Pero continúa.

—Glauco, al reconocer mi voz, pues muchas veces me habia comprado flores, corrió á la pieza en que me encontraba, y al verme bañada en sangre, exclamó, cojiéndome con una mano y arrojando con la otra á la vieja irritada:

—¡Furia, ¿cómo te atreves á maltratar así á esta tierna niña, á una persona de tu sexo? Retírate!—Y luego dirigiéndose á mí, compasivo, exclamó: ¡Nidia, pobre Nidia!

—¡Ah! sois vos, señor Glauco!..... —dije yo á mi vez. Mis lágrimas se detuvieron en mis mejillas, y sonriendo ante mi libertador, besaba la tela flotante de su ropa.

Al verme afligida, me acercó á él, secó la sangre que corria de mis espaldas, y se esforzó con sus cuidados y palabras en calmar mi dolor.

—¿Quereis venderme á esta niña esclava?—preguntó Glauco dirijiéndose á mi amo el gladiador, que habia presenciado aquella escena y á quien habian ido á ver.

—No por cierto—exclamó su muger con tono brusco.—No vendemos á Nidia.

Yo volví á asir, temblando, la ropa de mi protector, y mis lágrimas empezaron á correr de nuevo.

Al ver mi afliccion, el amigo de Glauco dijo al gladiador que le haria perder su destino si no accedia al deseo de mi defensor: á esta amenaza cedió, y exijió por mí doble cantidad del precio que le habia costado; esto es, doce grandes sestercios. (1)

—Se os darán veinte—respondió Glauco.—Marchemos á casa del magistrado, y de allí á la mia, para que os dé vuestro dinero.

—Bien.

—Así es, señora, como logré salvarme de la tiranía de los amos á quienes primero fuí vendida. ¡Ah! yo les perdono su crueldad, porque me ha valido la proteccion, y casi me atreveria á decir, que la amistad de un hombre generoso. Al presente puedo frecuentar la reu-

[1] *No se debe confundir el* sestertius *que es el pequeño sestercio, con el* sestertium *que es el gran sestercio de que acabamos de hablar. El* sestertium *era una moneda ficticia que valia por mil* sestertius *ó pequeños sestercios: poco mas ó menos, cosa de cuarenta y un duros nuestros.*

nion de los fieles, lo que jamas me hubieran permitido mis antiguos amos, y soy tan dichosa cuanto puede serlo quien está lejos de su patria y de su querido padre.

—Pues qué, ¿no podria Glauco encontrar á vuestro padre?—preguntó Ione.

—Sé que ha escrito á muchos de sus amigos de Grecia encargándoles que se informasen de mi familia en el lugar en que nací; pero solo se ha conseguido saber que mi padre abandonó su país, y que se ignora el punto adonde se retiró.

—Ten, pues, paciencia, Nidia. El Dios que adoras y cuyo poder reconozco, aunque no sigo su culto, te volverá á tu padre.

—Os agradezco infinito esa prediccion tan llena de esperanza. Pero ¡qué nueva felicidad va á ser para mí cuando os tenga por ama! Vos sois digna de Glauco, señora, y espero que el Señor oirá los votos que le dirijo por la ventura de los dos!

—Agradezco tus votos, mi buena Nidia. Pero ahora vuelve á ver á Glauco, porque estará impaciente por recibir mi respuesta.

Nidia dejó su asiento, y Ione la condujo hasta el vestíbulo, donde la esperaba la esclava que la habia acompañado.

La cieguecita saludó otra vez á su futura señora, y despues de haberla besado respetuosamente la mano, se retiró.

Ione quedó trayendo á la memoria la tierna historia de Nidia, que le revelaba el generoso corazon y los hidalgos sentimientos de su alma.

La hermosa jóven amaba á Glauco de una manera intensa, y lo que acababa de escuchar aumentó aquel amor, si posible es aumentar lo que no tiene límites.

En aquel momento se abrió la puerta de la pieza en que estaba Ione, y se presentó en ella un hombre.

Era su hermano.

Apoicide era un jóven que apenas contaba veintidos años, de facciones bellas, pero veladas por la melancolía.

—Hermano mio,—le dijo Ione—tengo que darte una buena noticia.

—¿Cuál, querida Ione?—exclamó Apoicide dejando ver siempre impresa en su frente la tristeza, y acariciando entre sus manos una de las de su hermana.

—La llegada de tu amigo Glauco.

—¿Quién te la ha dado?

—Su esclava Nidia que acaba de marcharse de aquí.

—Me alegro por tí, mi excelente Ione: me alegro por tí que le amas como debes amarle, y que alcanzarás á su lado la felicidad que conmigo te faltaria siempre.

—No; yo soy muy dichosa contigo, hermano mio..... tú eres para mí el mejor de los hombres..... el hermano mas leal del mundo.

—Pero tambien el menos risueño, el menos comunicativo..... ¡Perdóname, Ione mia, si no tengo en mis labios nunca una sonrisa..... si no tengo dulces palabras que comunicarte!..... Te amo, sí; te amo con toda la ternura del amor fraternal; pero mi corazon está herido, está traspasado por la flecha de una duda que me asalta.....

—¡Oh!

—Destinado á pertenecer á la clase mas respetada de la sociedad... á ejercer el sagrado ministerio del sacerdocio, busco la verdad con toda la avidez de un corazon recto, y no la

encuentro..... La duda me devora el alma, y mi frente se abrasa meditando en las encontradas ideas que asaltan mi mente.

Y Apoicide, abrumado con el peso del dolor que despertaba en él aquel pensamiento, dejó caer la cabeza sobre el pecho y quedó abismado.

Ione le miraba con el mas dulce interes y con la mas viva ternura.

—¿Quieres, hermano mio, que demos una vuelta por el jardin?—le preguntó despues de un momento Ione.

—Sí, hermana Ione: necesito que el aire refresque mi frente, que la siento arder—contestó Apoicide.—Marchemos al jardin, y en él hablaremos de mi amigo Glauco y de tu porvenir.

Y Ione y Apoicide salieron de la pieza para marchar al jardin.